

HISTORIA PROBLEMA Y PROMESA

homenaje a
jorge basadre

Capítulo 7



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1978

© Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 1978

Diseño de carátula: Víctor Cumpa

Tuvo a su cargo la revisión técnica: Guillermo Cock

Fotografía: Guillermo Hare

LA MARCHA DE HERNANDO DE SOTO DE JAUJA A VILCACUNCA

José Antonio del Busto D.

“... el Gobernador envió a Hernando de Soto con cuarenta de a caballo para descubrir el camino, para venir al Cusco, io fui con él

”

Diego de Trujillo

El Gobernador Pizarro, “*para reponer los puentes que estuvieran quemados*”, mandó a Hernando de Soto “*fuese adelante tres o cuatro jornadas dél con alguna gente ligera, y que le diese aviso siempre de lo que adelante había*”. La consigna era reparar o hacer reparar los puentes colgantes destruidos por los quiteños y explorar el camino a seguir así como ubicar las posiciones del enemigo. Su misión no era descubridora —aunque así lo diga Diego de Trujillo— porque antes que Soto habían recorrido el Cápac Nan Pero Martín de Moguer, Pero Martín Bueno y Juan de Zárate, la vez que fueron al Cusco; sin embargo, cualquier novedad sobre tal camino, también la debía Soto noticiar, utilizando para ello indios chasquis proporcionados por Calcuchímac o los curacas amigos.

Soto partió de Jauja el jueves 23 de octubre de 1533, día de San Teodoro mártir, llevando consigo sesenta jinetes y un número inferior de peones que viajaban a la grupa de los corceles. Las primeras jornadas fueron cortas, mas luego comenzaron a crecer, convirtiéndose en jornadas dobles o largas siempre que lo permitía el camino. No descuidó escribir al Gobernador, quien recibió de cinco a seis cartas en todo el itinerario, dudándose si la sexta fue suya o de Almagro. Estos mensajes los recibió Francisco Pizarro en Panarai (Paucaray), en la “*población corta*” (luego de Parcos), en los “*apuestos cercanos a Bilcas*”, en la orilla diestra del río Pampas, en Airamba (Curampa), antes del Apurímac e inmediatamente después de cruzado este último río. Aquí era donde Hernando de Soto tenía orden expresa de acampar y esperar al resto de la hueste, pero ensoberbecido por su victoria de Vilcas se dejó tentar por la posibilidad de entrar él primero a la ciudad del Cusco, con este desobediente pensamiento, se confabuló con Rodrigo Orgóñez, Juan Pizarro de Orellana y Hernando de Toro creyendo así encubrir su ambición. Antonio de Herrera, siguiendo la versión de

Cieza, anota que algunos soldados fieles al Gobernador Pizarro le recordaron entonces su deber, pero también añade que Soto les respondió “*que gran ignorancia, i cosa de hombres de poco ánimo sería, dexar de seguir la Victoria pues manifiestamente se la daba Dios, i que supiesen, que a los soldados, que iban a efectuar algunos hechos de guerra era lícito, i conveniente, por muchas órdenes que llevasen de los Superiores, apartarse de ellas, quando las ocasiones lo pedían, i que en casos tales, se conocía la prudencia de las Cabeças; i que gran mengua sería suya, i de ellos, si por seguir la orden del Governador, que era, de ir despacio, perdiesen una Victoria, que tenían en las Manos; de lo qual se havian de seguir mil inconvenientes, no deviéndose jamás, en las cosas de la Guerra, perder la ocasión de mejorarse*”. Entonces fue, dicen las Décadas, que “*ánimosamente todos siguieron por el Camino Real de Chinchasuio*”.

Jueves 23-X-1533

“*Se partió este capitán el jueves con los que habían de seguirle, y el Governador con la demás gente, y Chilichuchima y su guardia el lunes siguiente*” (Sancho, cap. VI). El soldado Diego de Trujillo, a su vez, escribe: “*y luego llegamos a Xauxa. . . a donde estuvimos cierto tiempo, hasta que el Governador envió a Hernando de Soto con cuarenta de a caballo para descubrir el camino, para venir al Cusco, yo fui con él*” (p. 60). Finalmente el jinete Juan Ruiz de Arce expresa: “*y fuimos cuarenta de a caballo y veinte peones en seguimiento de los indios*” (p. 103). Este primer día el desplazamiento fue de Jauja a Acostambo, siempre dentro de un cuadro de posibilidades, cubriéndose 13 leguas de camino según fray Antonio Vásquez de Espinosa (*Descripción de las Indias Occidentales*, lib. III, cap. XLII, p. 316).

Viernes 24-X-1533

La avanzada debió de continuar hasta el Mantaro, deteniéndose en Angoyaco para hacer reparar el puente a los indios lugareños que —por su enemistad con los quiteños— habían sabido esconder los materiales de resane. Por eso se dirá posteriormente del Gobernador Pizarro —concretamente el miércoles 29 de octubre de 1533): *Llegó a un puente de redes que está sobre el dicho rio (de Jauja), el cual habían quemado los soldados Indios (de Quito) después que hubieron pasado; pero ya el capitán (Soto) que había ido por delante había hecho que los naturales lo repusieran*” (Sancho, cap. VI). De acuerdo al cómputo de días, esta tarde se debió pasar dirigiendo y vigilando la

reparación del puente sobre el Mantaro, de modo que estuviera listo al siguiente amanecer.

Sábado 25-X-1533

Esta mañana Soto y sus jinetes debieron cruzar el río Mantaro por el puente rehecho, “*pues los guardas que estaban en este puente cuando pasaron los Indios que lo quemaron escondieron los materiales que tenían para reponerlo, porque de otra manera los hubieran asimismo quemado, y por esta razón lo hicieron en tan poco espacio para que pasaran los Españoles*” (Sancho, cap. VI). Gracias a esto último los encabalgados de Soto pudieron llegar a Picoy y seguir a Paucaray, lugares distantes entre sí 4 leguas.

Domingo 26-X-1533

Este día se debió pasar por Parcos, porque el curaca del lugar apreció “*que caminaban a pelear con los enemigos que tenían asentados sus reales en una población vecina*” (Sancho, cap. VI). Esa tarde la tropilla cruzó el río de Parcos, también llamado Urubamba, Lircay o Urubamba de Lircay. Se debió dormir en Asángaro de Luricocha que estaba a 7 leguas de Parcos (Vásquez de Espinosa. . . *Op. cit., loc. cit*) y a 11 de Paucarai. El panorama merece la siguiente apreciación del jinete Ruiz de Arce: “*la tierra que está entre Xauxa y Vircas es tierra doblada, de muchas sierras y campos. No hay monte ninguno. Es tierra de muchos ríos y (los) puentes son de bejuco. Este bejuco es como sarmiento; de estos bejucos hacen unas criznejas, juntan muchas y hacen la puente en esta manera: de una parte y de otra del río hacen dos pilares y de un pilar a otro van las criznejas, y, encima mucha rama tejida. Va hecha de tal arte, que pasamos a caballo por cima de ellas. Es tierra de muchas ovejas; hay muchas monteses. Hay muchos venados; son pequeños*” (pp. 103 i 104).

Lunes 27-X-1533

Prosiguen, a lo que se entiende, de Asángaro de Luricocha a Tambillo, lugares que —según Vásquez de Espinosa— distaban 10 leguas entre sí, teniendo por punto medio a Huamanga (*Ibidem, loc. cit.*). La Relación de Sancho explica: “*y por lo tanto caminó adelante con su gente hasta llegar cinco leguas de Bilcas donde esperó la noche*” (Cap. VII). Para Vásquez de Espinosa hay 6 leguas entre Tambillo y Vilcashuamán (*Ibidem, loc. cit.*).

Martes 28-X-1533

“... y marchó en secreto para no ser sentido de ciertas espías que estaban puestos a una legua de Vilcas. . . y subida una montaña donde estaba aquel lugar (de Vilcas), harto difícil al amanecer entró dentro y encontró aposentada alguna gente con poco recaudo. Los caballos españoles comenzaron a dar sobre ella por las plazas hasta tanto que entre muertos y huidos no quedó persona alguna. . .” (Sancho, cap. VII). Luego de dos encuentros con los quiteños, ese mismo día escribió Soto al Gobernador Pizarro “que pensaba reposar aquí tres días por consideración a los cristianos y caballos heridos. Y después partirían para tomarles (a los quiteños) antes de todo un puente de redes que había allí cerca, para que los enemigos fugitivos no lo pasaran y fueran a juntarse con Quizquiz en el Cuzco y con la guarnición de gente que tenía, la cual se decía que esperaba a los Españoles en un mal paso cerca del Cusco; pero que aún cuando fuese mucho más malo, esperaban en Dios que según el lugar en que habían tenido aquella batalla (de Vilcas), tierra tan áspera y pedregosa, no se podrían defender de ellos los Indios en ninguna otra parte por difícil y trabajosa que fuese, ni ofender a los españoles en ningún mal paso; y que salido de aquí (léase Vilcas) y pasado el puente que está a tres leguas del Cuzco (el del Apurímac), allí esperaría al Gobernador como le había informado, y que tuviera entendido que con Indios ligeros le daría aviso de cuanto le aconteciera” (Sancho, cap. VII). Los “Indios lijeros” son los chasquis, los que resultaron eficaces de verdad porque el domingo 2 de noviembre, vale decir, dos días después, el Gobernador Pizarro recibía la carta de Soto entre Parcos y Asángaro.

Ruiz de Arce, por su parte, explica así lo acontecido en Vilcas: “fuimos un día (a) amanecer a Vircas, do hallamos todo el carruaje de la gente de guerra, con mil indios de guarda; todos los demás eran idos el otro día antes que nosotros llegamos. Legua y media del real tomámosle todo el carruaje y tomóse mucho oro y plata y toda cuanta gente de servicio tenía. Ida la nueva a la gente de guerra, vienen sobre nosotros. Y salimos a ellos tres días, digo, tres tiros de ballesta del real. En una loma se dio la batalla; duró buen rato, alanceáronse muchos indios, hirieron tres cristianos, mataron un caballo y hiriéronnos tres. Y desbaratámoslos y huieron y volvimos al real, a curar los heridos. Y luego se tornaron los indios a rehacer. Y vienen sobre nosotros y tornámoslos a desbaratar y alanceáronse muchos. Huieron y seguimos el alcance media legua. Es la tierra muy mala, de muchas sierras y tierra áspera, que por ser tan mala tierra no nos dejó pasar adelante. Volvimonos al real. Estuvimos allí cuatro días,

esperando a que mejorasen los heridos". (pp. 104 i 105).

Finalmente la opinión de Diego de Trujillo: *"Y la gente de guerra eran idos a hacer un chaco y dejaron en Vilcas los toldos, y las mujeres, y algunos indios, y nosotros nos apoderamos, i señoreamos de todo lo que allí había al quarto del alba que fue cuando entramos en Vilcas, entendiendo que no avía más gente de la que allí avía; y a hora de vísperas como fueron avisados los indios, vinieron por la parte más áspera y dieron en nosotros, y nosotros en ellos, y los indios por ser la tierra tan áspera antes ganaron con nosotros que nosotros con ellos. . . mataron este día los indios un caballo blanco de Alonso Tabuio; fuenos forzado de nos retraer a la plaza de Vilcas, y aquella noche estuvimos todos en arma"* (pp. 60 i 61).

Miércoles 29-X-1533

"Otro día vinieron los indios con gran ímpetu i trageron banderas hechas de las crines i cola del caballo blanco que avían muerto; fuenos forzoso soltar la presa que les teníamos de las mugeres e indios, que llevaron todo su hato, i entonces se retiraron" (Trujillo, p. 61). Este día, en realidad, fue el primero de descanso en Vilcas de los tres que prometió Soto i los cuatro que refiere Ruiz de Arce.

Jueves 30-X-1533

Segundo día de descanso en Vilcas según las cuentas de Hernando de Soto i el jinete Juan Ruiz de Arce.

Viernes 31-X-1533

Tercer día de descanso en Vilcas, último para el capitán Soto i penúltimo para Juan Ruiz. Tercer i último día que están los expedicionarios en Vilcas, curándose ellos i sus cabalgaduras, tiempo en el cual *"el capitán Soto entró en consejo para si esperaríamos allí al Gobernador. . . i huvo pareceres que allí esperaríamos al Governador i a Diego de Almagro, i algunos dijeron como fue Rodrigo Orgoñez, i Hernando de Toro i Juan Pizarro de Orellana i otros valientes, que pues avíamos gozado de las duras, que gozásemos entrar en el Cuzco, sin el socorro, que atrás venía. . ."* (Trujillo, p. 61).

Sábado 1-XI-1533

Cuarto i último día de descanso en Vilcas, según la cuenta de Ruiz de

Arce, quien parece haber estado en lo cierto al señalar cuatro días a la estadía de los cristianos en ese lugar. Este habría sido un día que Soto se vio obligado a guardar debido a sus hombres i caballos heridos: “*estuvimos allí cuatro días, esperando a que mejorasen los heridos*” (Advertencias,p. 105).

Domingo 2-XI-1533

“... y ansi caminamos sin tener guerra con los indios que nos dañase...” (Trujillo, p. 6). La tropilla llega al río Pampas i vadea su cauce por estar quemado el puente, “y aquí había entendido (Hernando de Soto) que el capitán Narabaliba andaba huyendo con unos veinte Indios y que se había encontrado con dos mil Indios que le habían mandado de socorro el capitán del Cuzco (Quisquis), los cuales como supieron la derrota de Bilcas se volvieron huyendo con él, tratando de ir a juntarse con las reliquias esparcidas de los que huían, esperándolos en una población llamada Andabailla, y que él estaba resuelto a no detenerse hasta encontrarse con ellos” (Sancho, cap. VIII). El lugar donde se detiene Soto y sus hombres es, posiblemente, Uramarca, tambo que distaba 6 leguas de Vilcashuamán según Vásquez de Espinosa (*Op. cit., loc. cit.*).

Lunes 3-XI-1533

Salen de Uramarca —o pasan por este lugar en el caso de haberse detenido antes— i llegan a Andahuaylas, que distaba de Uramarca 6 leguas según Vásquez de Espinosa (*Op. cit., loc. cit.*). Al no hallar a los quiteños, Soto deja su persecución para el siguiente día.

Martes 4-XI-1533

Se parte de Andahuaylas y detienen en Curampa por cansancio de las cabalgaduras. Los caballos estaban tan fatigados que dos de ellos mueren “*de tanto calentarse y resfriarse*” (Sancho, cap. IX), quedando sus cadáveres a la entrada del pueblo. Soto no encuentra resistencia pero intuye gente de guerra esperándolo en una montaña, escribiéndole al Gobernador Pizarro “*que por ganar la montaña había subido una cuesta donde había encontrado gran cantidad de piedra junta, señal de que quisieron aguardar aquí*” (Sancho, cap. IX). Atendiendo al cansancio de los equinos, la tropilla debió acampar en Curampa, lugar que el cronista Herrera menciona Curambó (Década V, .lib. V, .cap. III). Soto aprovecha el descanso para escribir al Gobernador (Sancho, cap. IX).

Miércoles 5-XI-1533

Este día se debió partir de Curampa y pernoctar en Huancarama, lugar que Vásquez de Espinosa ubica a 7 leguas de Andahuaylas (*Op. cit., loc. cit.*). No se avanzó más para dar lugar a que descansen los caballos, no superándose este día las 3 ó 4 leguas de camino.

Jueves 6-XI-1533

Este día debió cruzarse el río de Abancai, vadeándolo los jinetes por haber quemado el puente los quiteños. Al respecto escribe Diego de Trujillo: “*y así caminamos sin tener guerra con los indios que nos dañase, y pasamos los ríos de Vilcas, Avancay y Apocima todos a nado encima de los caballos*” (p. 61).

Viernes 7-XI-1533

Soto y sus hombres llegan al río Apurímac, escribiendo al Gobernador Pizarro “*como era llegado a aquel último río con mucha diligencia para que los enemigos no tuvieran lugar de quemar el puente: pero al tiempo que llegó lo habían acabado de quemar, y por ser ya tarde no quiso pasar el río aquel mismo día, sino que se fue a quedar en una aldea que estaba al par de él*” (Sancho, cap. IX).

Sábado 8-XI-1533

La avanzada cruza el río Apurímac en la forma acostumbrada: “*fue cosa notable, que habiendo los Indios deshecho los Puentes, con ser tan poderosos (los ríos), los pasaron con los caballos; cosa, que jamás, después acá, se ha visto, especialmente en el de Apurimá*” (década V, lib. V, cap. III). Aquí debió detenerse Soto con sus hombres, pues el Gobernador Pizarro le había ordenado “*le aguardase antes de entrar en el Cuzco tres o cuatro jornadas., lo cual el Soto no hizo*”, según Pedro Pizarro (p. 69). Conociendo esta orden, Soto la desobedeció, aunque había prometido cumplirla al escribir a Francisco Pizarro que “*pasado el puente que está a tres leguas del Cuzco, allí esperaría al Gobernador como le había informado*” (Sancho, cap. VII). Soto, pues, debería aguardar en la orilla izquierda del Apurímac, con razón llamado en aquel viaje “*el último río*”.

La *Relación de Pero Sancho*, retomando la historia, prosigue: “*A otro día pasó el agua que daba al pecho de los caballos y siguió su camino derecho al Cuzco que estaba de allí doce leguas. . . y un sábado a hora de mediodía*

empezaron a subir una montaña a caballo, y siendo larga que duraba bien una legua de camino, fatigados de la subida áspera y del calor del mediodía, que era muy grande, se pararon un rato y dieron a los caballos maíz, que tenían por habérselo traído los naturales de un pueblo vecino, y prosiguiendo su camino, el capitán que iba delante de los otros como un tiro de ballesta, vio los enemigos en lo alto de la montaña que la cubrían toda, y que tres o cuatro mil bajaban para abajo para pasar por donde estaban ellos: por lo que habiendo llamado a los Españoles para ordenarlos en batalla no pudo esperar a juntarlos, porque los Indios ya estaban cerca, y venían contra ellos animosamente; pero con los que halló aparejados se adelantó a darles batalla, y los Españoles que iban llegando subían por la cuesta del monte, unos por una parte y otros por otra; entraron entre los enemigos que tenían delante sin atender mucho al principio a pelear sino a defenderse de las piedras que les tiraban, hasta que subieron a lo alto del monte en que veían consistir la victoria cierta. Los caballos estaban tan cansados que no podían tomar resuello para poder dar con ímpetu sobre tanta multitud de enemigos, y no cesando estos de incomodarlos y hostigarlos de continuo con sus lanzas, piedras y flechas que les tiraban, los fatigaron a todos de tal manera que apenas podían llevar los caballeros sus caballos al trote y algunos al paso. Percibiendo los Indios el cansancio de los caballos, comenzaron a cargar con mayor furia, y a cinco cristianos, cuyos caballos no pudieron subir a lo alto cargó tanto la muchedumbre que a dos de ellos les fue imposible apearse y los mataron encima de sus caballos. Los otros pelearon a pie muy valerosamente, pero al cabo no siendo vistos de los compañeros que hubieran podido socorrerles, quedaron prisioneros allí, y sólo uno de ellos fue muerto sin poder echar mano a la espada ni defenderse, antes fue causa de que quedase muerto con él un buen soldado, porque se había agarrado a la cola de su caballo que no lo dejó pasar adelante con los otros. Les abrieron a todos la cabeza por medio de con sus hachas y porras; hirieron diez y ocho caballos y seis cristianos; pero no de heridas peligrosas, que sólo un caballo de estos murió. Plugo a Dios Nuestro Señor que los Españoles ganaran un llano que había en aquel monte y los Indios se recogieron a una colina inmediata. El capitán mandó que la mitad de los suyos quitasen los frenos a los caballos y les dieran de beber en un arroyo que pasaba por allí, y que luego hicieran lo mismo los otros, lo que se hizo sin que lo estorbaron para nada los enemigos. Después dijo a todos el capitán: "Señores, vámonos de aquí todos paso a paso por esta ladera de modo que los enemigos entiendan que huimos de ellos, para que nos vengan a buscar abajo, que si

podemos traerlos a este llano daremos todos de golpe sobre ellos de manera que espero que ninguno se ha de escapar de nuestras manos, porque nuestros caballos están ya algo descansados, y si los ponemos en fuga acabaremos de ganar lo alto del monte"; y así fue, que pensando los Indios que los Españoles se retiraban bajaron abajo algunos de ellos tirándoles piedras con sus hondas y flechas. Visto por los cristianos ser ya tiempo volvieron las riendas a sus caballos, y antes que los Indios pudieran recojerse al monte donde antes estaban fueron muertos unos veinte, lo que visto por ellos y como era poco seguro el lugar donde se hallaban dejaron aquel monte y se fueron retirando a otro más alto. El capitán con los Españoles acabó de subir a lo alto del monte, y aquí por ser ya noche acampó con su gente, y los indios acompañaron asimismo a dos tiros de ballesta, de manera que en cada campo se oían las voces del otro. El capitán hizo curar a los heridos y apostó rondas y centinelas para la noche, y mandó que todos los caballos estuvieran ensillados y con los frenos puestos hasta el día siguiente en que había de pelear con los Indios; y trató de animar e infundir valor a los suyos. . . Con estas y otras pláticas animosas se pasó aquella noche, y los Indios se estaban en su campo dando grandes voces. . . añadiendo palabras injuriosas, según suenan en aquella lengua, teniendo determinado entrar a combatir a los cristianos luego que amaneciera. . ." (Sancho, cap. IX).

Diego de Trujillo relata: "Otro día caminamos la cuesta arriba, al medio de la cuesta a do se hace un poco de llano, que pasa un arroyoito de agua antes que llegásemos a este llano como un tiro de piedra, dieron los indios en nosotros de golpe, que de 40 de a caballos que éramos mataron 5. ., y hirieron 17. . y aquella noche estuvimos en mucho trabajo, porque nevava, i con el frío quejábanse mucho los heridos y decían los indios (que nos mantenían cercados y muchos fuegos alrededor): nosotros no os queremos matar de noche si no de día, y holgarnos con vosotros. . ." (p. 62).

Finalmente escribe el soldado Ruiz de Arce: "E yendo camino, sin pensamiento de frente de guerra, por lo que nos habían dicho, topamos un puerto que se dice Vericacunca. Este puerto es muy áspero; tiene una cuesta de subida. Y como habíamos dado muy grandes jornadas a los caballos, llevámoslos de diestro, el puerto arriba, y de esta manera caminábamos, de cuatro. Yendo así, caminando el puerto arriba, dio la gente de guerra con nosotros. Y antes que cabalgásemos nos mataron cinco españoles y hirieron muchos; así mismo nos hirieron muchos caballos. Habría de sol tres horas; peleamos hasta que la noche nos partió. Después que fue de noche, nos recogimos a un alto, con poca victoria

y harto miedo. E así mismo se recogieron los indios sobre nosotros a una sierra, dándonos mucha grita y diciendo: deja venir a mañana y vereis lo que se os hace. Y diciendo que no había de quedar hombre de nosotros. Entre nosotros había mucho miedo. Lo uno por ser pocos y muchos heridos, y asimismo los caballos; teníamos conocida la victoria” (p. 105).

Vilcaconga o Vilcacunca es un macizo que separa Anta y Jaquijalla y Casacancha, y el abra o puerto que corona el paisaje se denomina Tastacasa. El lugar del encuentro José de la Riva-Agüero y Osma cree identificarlo con la quebrada de Chaquimau, “mal camino, gredoso, cortado en escalones i caracoles” (*Paisajes Peruanos*, cap. III, pp. 28 i 29), paraje que en verdad coincide en todo con lo apuntado por las crónicas.

Domingo 9-XI-1533

“Estando el capitán con los otros por la noche a buen recaudo, esperando el día y animando a los suyos por el combate de la mañana, llegó el Mariscal (Diego de Almagro) con el refuerzo mandado de los treinta caballos y con los diez que habían dejado atrás que en todo fueron cuarenta, y cuando se vieron todos juntos sintieron los primeros tanto placer como si hubiesen resucitado aquel día, teniendo por cierta la victoria para el día siguiente. Venido el día, que fue domingo, montaron todos al alba y puestos en ala para hacer mejor rostro, se fueron la vuelta de los Indios que en la noche habían determinado acometer a los cristianos, pero viendo a la mañana tanta gente pensaron, como así era, que en la noche les había llegado algún socorro, por lo que no alcanzándoles el ánimo para hacerles frente, y viendo que venían la cuesta arriba en su busca, volvieron las espaldas retirándose de monte en monte. Los Españoles no los siguieron por ser la tierra áspera, y además les cogió una neblina tan espesa que no se veían unos a otros. . . Al punto se recogieron los cristianos a su fuerte, desde donde había enviado el capitán este mensajero al Gobernador, avisándole que lo esperaría allí hasta que llegara” (Sancho, cap. X).

Diego de Trujillo narra: “y a medianoche en Limatambo sonó la trompeta de (Pedro de) Alconchel, y en oyéndole nos animamos en tal manera que pegamos con los indios, y ellos que debieron de oír también la trompeta, entendiendo que era socorro que nos venía; luego apagaron los fuegos y caminaron al Cuzco, y era tanta la obscuridad, que no se vido alzar su real, mas del ruido. Y luego allegó Diego de Almagro con veinte de acavallo. . .” (p. 62).

Por su parte Ruiz de Arce explica: “Estando en esto, una hora de la noche,

como no dormíamos, oímos una trompeta y reconocimos ser nuestra, que no fue poca la alegría de todos. Y de allí a cuarto de hora llegaron veinticinco de a caballo que el Gobernador nos enviaba. . . llegando este socorro, la tristeza que nosotros teníamos se pasó a los contrarios y su alegría a nosotros. Otro día, por la mañana, nos apercebimos para ir a dar en los indios, y ellos se pudieron en huida y no nos esperaron. Y nosotros no los seguimos, por una niebla que vino sobre nosotros, muy oscura, y por no saber la tierra los dejamos” (pp. 105 i 106).

Por último, recuerda Pedro Pizarro: *“pues subida la cuesta a eso de la media noche no atinaban adonde estaban los cristianos ni los indios, porque estos indios estaban aguardando que amaneciese para dar en Soto y desbaratalle, y entendiéndose así fuera si Almagro no llegara. Pues estando Almagro en lo alto para atinar donde los españoles estaban y ellos supiesen de su llegada, mandó tocar una trompeta que era (Pedro de) Alconchel, y tocada los españoles que estaban con Soto, bien afligidos, se alegraron y vinieron adonde Almagro estaba, y esta trompeta se tocaba muchas veces esta noche a fin de que algunos españoles que atrás habían quedado cansados, atinasen donde estaba el real de los cristianos. Pues oída los indios de guerra la trompeta, conocieron el socorro que había llegado y a esta causa otro día de mañana se fueron un cerro arriba mui a su espacio sin temor de los españoles”* (p. 71).

Lunes 10-X-1533

Primer día de descanso en Vilcacunca: *“pues aquí en esta Vilca Conga pararon todos y aguardaron a D. Francisco Pizarro que estaba ya en Apurimá donde tuvo mensajero (Mancio Sierra de Leguízamo), hecho por Almagro, de lo que había subcedido”* (Pedro Pizarro, p. 71).

Martes II-XI-1533

Segundo día de descanso en vilcacunca. Por la tarde Almagro emprende el regreso a Limatambo para encontrarse con el Gobernador Pizarro, hecho que se realizó en la noche.

Miércoles 12-XI-1533

“ . . . y después de hablarse (Pizarro y Almagro) se partieron a otro día para el campo de los caballos españoles (en Vilcacunca), adonde llegó (el Gobernador Pizarro) en la tarde, habiendo salido a su encuentro el capitán (Hernando de

Soto) y muchos otros, y se holgaron todos mucho de verse juntos. El Gobernador dio a cada uno las gracias, según sus méritos, por el valor que habían mostrado, y todos juntos partieron y en la tarde llegaron dos leguas más adelante a un pueblo llamado Sachisagagna" (Sancho, cap. X), vale decir, Jaquijahuana.

BIBLIOGRAFIA

- HERRERA, Antonio de. . . *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra firme del Mar Océano*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Continental, 1944.
- PAZ SOLDAN, Mariano Felipe. . . *Diccionario Geográfico y Estadístico del Perú*. Lima, Imprenta del Estado, 1877.
- PIZARRO, Pedro. . . *Relación del Descubrimiento y Conquista del Perú*. Buenos Aires, Imprenta de la Editorial Futuro, 1944.
- RIVA AGUERO Y OSMA, José de la. . . *Paisajes Peruanos*. Lima, Imprenta Santa María, 1955.
- RUIZ DE ARCE, Juan . . . *Advertencias*, en: Canilleros, Conde de. . . *Tres Testigos de la Conquista del Perú*. Buenos Aires, Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1953.
- SANCHO DE LA HOZ, Pero. . . *Relación de la Conquista del Perú*. Madrid, Talleres Tipográficos Góngora, 1962.
- STIGLICH, Germán. . . *Diccionario Geográfico del Perú*. Lima, Imprenta Torres Aguirre, 1922.
- TRUJILLO, Diego de. . . *Relación del Descubrimiento del Reino del Perú*. Sevilla, Imprenta de la Escuela de Estudios Hispano Americanos, 1948.
- VAZQUEZ DE ESPINOSA O.C., fray Antonio. . . *Descripción de las Indias Occidentales*. Madrid, Ediciones Atlas, 1969.